

## CANTO XVII.

Carlomagno y sus paladines embisten al rey de Argel. — Descripción de Damasco. — Historia de Noradino y Lucila. — Torneo de Damasco. — Proezas de Grifon; cobardía de Martano; engaños de Origile. — Grifon es víctima de un error del rey. — Condena y venganza.

Quando, colmada por las culpas nuestras  
La medida que el cielo les señala,  
Darnos el Ser supremo quiere muestras  
De que á su gracia su justicia iguala,  
Para el trono designa  
Los mas fieros tiranos y los dota  
De gran poder y de intencion maligna.

Por eso, á gobernar á las naciones  
Vinieron Sila, Mario, dos Neronés,  
Domiciano y el último Antonino.  
Por eso, desde el fango de la plebe  
Se elevó hasta el imperio Maximino.  
Por eso, á Tebas gobernó Creonte,  
Y de un Mecencio la insaciable furia  
Ensangrentó los campos de la Etruria.  
Por eso, en fin, gimió la Italia en manos  
De lombardos, de godos y de alanos.

¿Qué de Atila diré? ¿Qué de Ezelino?  
¿Qué de otros cien tiranos  
Que el enojo divino

Mandó por castigar á los humanos,  
Lanzados del error en el camino?

Y esto, no ménos que la edad antigua,  
La edad en que vivimos lo atestigua.

¡Qué! cual viles ganados,  
¿Por ventura no estamos entregados  
A lobos carniceros  
Que, hartos ya, tanta presa  
Devorar no pudiendo, á otros mas fieros,

Que de la selva ultramontana salen,  
Invitan á que de esta rica mesa  
Con los pingües despojos se regalen?

Mas huesos insepultos

Que los que en Trebia, en Trasimeno y Cánas  
Dejaron de Cartago los insultos,  
Dejarán estas fieras inhumanas  
En la hermosa campiña fecundada  
Por el Ronco y el Mella, el Tar y el Ada.

En gravedad y en número infinitos  
Son ya nuestros delitos.

El cielo, por vengarlos, hoy envia  
A gente aun mas que nuestra gente impía.  
Mañana acaso, si hácia el bien volvemos,  
Y que al término llegue del castigo  
Nuestro fiero enemigo,

A destrozár sus costas volaremos.  
En la mente de Dios profundo surco,  
Sin duda, nuestros crímenes trazaron;  
Que el árabe y el turco,  
Nuestro suelo corriendo, estrago y ruina,  
Y luto y mengua por do quier sembraron.

De sangre humana el rey de Argel beodo  
Señaló su coraje sobre todo.

Ya dije cual, la triste nueva oyendo,  
A la plaza el rey Carlos se traslada,  
Allí gran parte de su gente viendo  
O muerta ó mutilada,

Sus hogares y templos destruidos,  
Sus habitantes que huyen abatidos.

« ¿Adónde vais? ¡oh miseros! » les grita.

« ¿Qué otro refugio os queda

« Si esta ciudad el agareno os quita?

« ¿Es posible que un hombre, un hombre solo,

« En vuestros muros preso,

« A miles de hombres venza

« Y de Paris despues se salga ileso? »

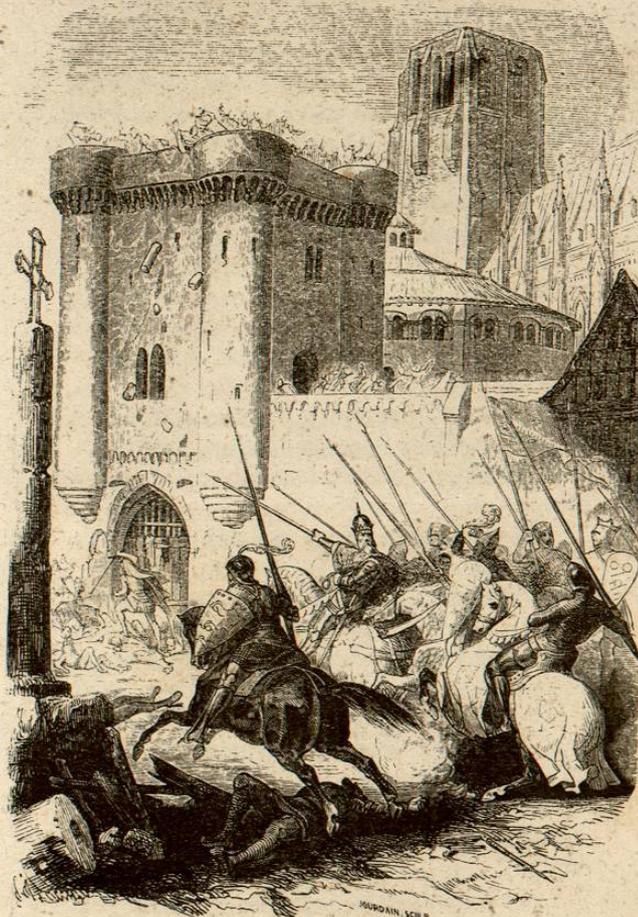
Así, lleno de cólera y vergüenza,

Diciendo, llega al sitio adonde muerte  
A tantos daba el agareno fuerte.

Muchos, buscando donde estar seguros,  
Al palacio acogiéronse aquel día;  
Que, provisto de todo, bien podía  
La guerra sostener desde sus muros.  
De orgullo y de ira Rodomonte ciego,  
La plaza ocupa. Su derecha mano  
El hierro vibra; su siniestra el fuego;  
Y lanzándose luego  
Contra las puertas de la real morada,  
Hace sobre ellas resonar su espada.

Desde los altos muros entretanto,  
El alma llena de mortal congoja,  
Torres y almenas cada cual arroja.  
Por dar muerte al pagano, no hay quien tema  
Derribar techos, piedras, columnatas,  
Y artesonadas vigas  
A sus abuelos y á sus padres gratas.

Cual, despojada de su piel antigua  
Y ufana con la nueva,  
Saliendo una serpiente de su cueva  
Y el ardor de sus tiempos juveniles  
Sintiendo renacer, con ojo altivo  
Y con trilingüe boca, la batalla  
Presenta audaz á los demas reptiles;  
Así, con ademan provocativo,  
Junto al umbral su reluciente malla  
Muestra el de Argel: sobre ella en vano llueven  
Piedras, almenas, dardos y maderos;  
Que sus brazos por eso no se mueven  
Con frecuencia menor, ni ménos fieros  
Son los golpes que bravo  
Sobre la puerta da. Hiéndela al cabo,  
Y por sus rajas puede  
Ver pintado en los rostros el espanto  
A que la turba, amedrentada, cede.  
Los gritos oye, el suspirar y el llanto



Rodomonte quiebra las puertas del palacio. (T. I, p. 280.)

De infelices matronas  
 Que, sin piedad rasgándose los pechos,  
 Corren, cubriendo de ósculos los lechos  
 Que, en otro tiempo de su amor testigos,  
 A serlo van en breve  
 Del triunfo de sus fieros enemigos.  
 Tal era el riesgo en que Paris se hallaba  
 Cuando, seguido de su hueste brava,  
 Carlos llegó. Sobre sus fuertes manos,  
 Siempre por Cristo á combatir dispuestas,  
 La vista tiende y dice: « ¡Qué! ¿son estas,  
 « Estas las mismas manos que á Agolante  
 « Arrancaron la vida en Aspramonte?  
 « Las que á Troyano, á Almonte,  
 « Y á cien mil adalides de su raza  
 « Dieron la muerte, ¿temblaron acaso  
 « Porque á Paris un bárbaro amenaza?  
 « No, no; mostremos ánimo y pujanza.  
 « Con tal que acabe con honor, ¿qué importa  
 « Si noble empeño nuestra vida acorta?  
 Dice; y, alzando su robusta lanza,  
 Contra el de Sarza su bridon empuja.  
 Las suyas de la cuja  
 Sacan á un tiempo todos sus guerreros;  
 Oger, Avolio, Naines, Oliveros,  
 Avino, Oton y Berenguer avanzan,  
 Y á Rodomonte atacan juntamente  
 En el pecho, en el flanco y en la frente.  
 Mas dejemos, señor, por Dios dejemos  
 De hablar de guerra y de cantar de muerte.  
 Del feroz cuanto fuerte  
 Rey de Argel las hazañas olvidemos,  
 Y hácia Damasco con Grifon tornemos  
 Y con la dama que á su lado lleva  
 Al mozo infame de quien es manceba.  
 Damasco es una de las mas pobladas  
 Y mas ricas ciudades del Levante.  
 De ella á siete jornadas

OTTEVALE DI...  
 BIBLIOTECA...  
 "ALFONSO XELIS"  
 1880. 1881. 1882.

Está Jerusalem. El fértil llano  
Sobre que aquella gran ciudad se extiende  
Está verde en invierno y en verano,  
Y una leve colina  
La protege del aura matutina.

Dos rios cristalinos,  
Cuyas fragantes aguas hay quien dice  
Que pudieran mover varios molinos,  
Por dos distintas partes se derraman,  
Los aires embalsaman,  
Y un número infinito fecundizan  
De frondosos verjeles,  
Por medio de los cuales se deslizan.

De Damasco entapizan  
La calle principal hojas y flores.  
Las ventanas, paredes y las puertas  
Resplandecen cubiertas  
De vistosos tapetes de colores,  
Y de damas pulidas,  
Ricamente adornadas y vestidas.

Su tiempo el pueblo alegremente pasa,  
Que un baile se celebra en cada casa;  
En tanto que en magníficos caballos  
Cubren las calles reyes y vasallos,  
Cargados de cuanto oro y pedrería  
La fértil India en sus entrañas cria.

Seguido de su infame comitiva  
El buen Grifon por la ciudad despacio,  
La vista alzando á todas partes, iba,  
Cuando halla un caballero  
Que á subir le convida á su palacio,  
Donde, según el uso, afable ofrece  
A cada cual aquello que apetece;  
Al baño los conduce, y en seguida  
A una espléndida cena los convida.

Cuéntales luego como el rey de Siria  
Del suyo y de los reinos extranjeros  
Convoca á los guerreros

A la liza que debe  
El nuevo sol iluminar en breve,  
Y diceles que pueden  
Dar, si les place, de su esfuerzo muestra  
Saliendo á combatir á la palestra.

Bien que tal de Grifon, yendo á Damasco,  
No fuese el plan, acepta este convite  
Que su honor rehusar no le permite.  
De esta funcion la causa luego inquiere,  
Y si es antigua usanza ó fiesta nueva,  
Con que hacer el rey prueba  
Del valor de sus súbditos hoy quiere.

« Esta fiesta, » responde el caballero,  
« Por nuestro rey ha sido instituida  
« En memoria del dia en que la vida  
« Salvar logró de riesgo grave y fiero.  
« Cuatro meses, plañendo su fortuna,  
« Vivió sumido en deplorable cuita :  
« Desde hoy, por eso, á cada cuarta luna  
« Ordena que esta fiesta se repita.

« Sabed, señor, que de la noble y bella  
« Hija del rey de Chipre enamorado  
« Por mucho tiempo anduvo Noradino;  
« Y cuando á ser esposo suyo vino,  
« Con damas y guerreros á su lado  
« Emprendió hácia la Siria su camino.  
« Pero, no bien se vido á toda vela  
« Nuestro bajel en alta mar lanzado,  
« Una tormenta atroz nos desconsuela,  
« Dejando hasta al patron desconcertado.

« Tres dias y tres noches anduvimos  
« Sin rumbo cierto por la mar. Cansados  
« A un sitio en fin llegamos, donde vimos  
« Frescos arroyos, plácidos collados.  
« Alto al pié de unos árboles hicimos;  
« Mesas alzamos y encendimos lumbre,  
« Mientras el rey, siguiendo su costumbre,  
« Por la vecina selva con dos siervos,

« Que su aljaba llevaban , iba en busca  
 « De corzos , de venados y de ciervos.  
 « Del mar , cabe él sentados una tarde ,  
 « Vemos salir un monstruo que , corriendo ,  
 « Se dirige á nosotros. Dios os guarde  
 « De ver , señor , un ente tan horrendo ;  
 « Mejor es á la fama dar creencia  
 « Que ir á hacer por si propio la experiencia.  
 « Su enorme busto es mas que largo grueso.  
 « De amarillento hueso  
 « Una bola saliente ,  
 « En vez de ojos , se nota  
 « A cada lado de su torva frente ,  
 « Y de su hocico , que inmundicia brota ,  
 « Cual el de un jabali se avanza el diente.  
 « Corriendo viene y levantando el morro  
 « Cual podenco que sigue alguna pista.  
 « Quien al temor resista  
 « No se halla en nuestro consternado corro ,  
 « Pues que , si bien privado de la vista  
 « El monstruo se halla , es falta que compensa  
 « De su nariz la sutileza inmensa.  
 « En vano , cual el viento , por la arena  
 « Todos , huyendo de él , se dispersaron ,  
 « Que de cuarenta que éramos , apenas  
 « A nado diez hasta el bajel llegaron.  
 « Bajo el brazo á los unos en manojos  
 « El orco hacina , y de otros con despojos  
 « Su vientre y su zurrón ansioso llena.  
 « De mármol cual la nieve , fabricada  
 « A la orilla del mar , vese una cueva.  
 « El monstruo allí nos lleva  
 « Y contemplar nos deja una matrona  
 « Que á doloroso llanto se abandona  
 « En medio de otras damas y doncellas ,  
 « Viejas y feas , jóvenes y bellas.  
 « No léjos de esta cueva , y de la roca  
 « En lo alto casi , hay otra do encerrados

« El orco tiene todos sus ganados ,  
 « De que nadie mas que él sabe la cuenta.  
 « El mismo en todo tiempo  
 « Los cuida , los mantiene y apacienta ,  
 « Mas bien , á la verdad , por pasatiempo  
 « Que por necesidad ; pues , devorando  
 « A tres de nuestros jóvenes , señales  
 « Claras nos dió de que la carne humana  
 « Prefiere á los despojos de animales.  
 « De la boca de este antro levantando  
 « Una gran losa , en él nos introduce ;  
 « Salir hace á su grey , y hácia sus pastos  
 « Al son de la zampoña los conduce.  
 « Del bosque nuestro rey saliendo en tanto ,  
 « Llega á la playa. Allí , no sin espanto ,  
 « Su pabellón abandonado advierte ;  
 « Y adivina su suerte ,  
 « Cuando á lo léjos á su gente mira  
 « Que alza las anclas y las velas tira.  
 « Bien presto hácia él expídese una barca ;  
 « Mas en ella el monarca ,  
 « Lo que pasa sabiendo , entrar no quiere.  
 « Recorrer la comarca ,  
 « En seguimiento del raptor , prefiere ;  
 « Ir luego en busca de su esposa bella ,  
 « Y libertarla ó perecer con ella.  
 « Por la playa siguiendo  
 « De las que ve las mas recientes huellas ,  
 « Lleno de amor , de pena y de coraje ,  
 « Llega luego al paraje  
 « Do de nosotros cada cual creía  
 « De la fiera ser pábulo aquel día.  
 « Sola por dicha en casa estaba entonces  
 « Una mujer que con el orco vive.  
 « Huye , al mirar al rey , huye , le grita :  
 « ¡Triste de tí si el orco te percibe ! »  
 — « Que me perciba ó no , poco me importa  
 « Dice el rey , que engañado aquí no vengo.

« Mi paso guian el amor y el ansia  
 « Que de morir junto á mi esposa tengo. »  
 « É informándose luego de la suerte  
 « Que á sus secuaces cupo,  
 « Preguntó si cautiva  
 « Lucina estaba ó si sufrió ya muerte.  
 « De la piadosa dama entónces supo  
 « Que su adorada esposa estaba viva,  
 « Y que no moriria  
 « Pues mujeres el monstruo no comia.  
 « — Yo, añade, y las demas que aquí vivimos,  
 « Ser de aquesta verdad podemos prueba.  
 « Jamas el menor daño recibimos  
 « Siempre que no salgamos de la cueva;  
 « Mas, si evadirse della intenta alguna,  
 « Llore luego su misera fortuna,  
 « Pues viva él la sepulta ó la encadena,  
 « O al sol desnuda expónela en la arena.  
 « En aquel otro lóbrego recinto  
 « Donde tu gente agora está revuelta,  
 « Por el olfato á todos distinguiendo,  
 « Separará los sexos á su vuelta.  
 « No temas que dé muerte á las mujeres;  
 « Pero tampoco esperes  
 « Que ni un solo hombre ha de quedar con vida,  
 « Pues de cuatro ó seis dellos, cuando sienta  
 « Hambre, ha de hacer el orco su comida.  
 « Por librar á tu dama, no imagino  
 « Que nadie aquí consejo pueda darte;  
 « Parte pues, hijo, parte,  
 « Y bástete saber que su destino  
 « Será el nuestro en las penas y placeres;  
 « Parte, por Dios, si perecer no quieres,  
 « Pues por aquí, llegando el orco, pasa,  
 « Y huele hasta un raton que haya en la casa.  
 « No, no haré tal, responde el rey; al lado  
 « De mi esposa querida  
 « Prefiero yo mil muertes á la vida,

« Si vivir debo della separado. »  
 « Por persuadirle la mujer se afana;  
 « Mas viendo en fin que su insistencia es vana,  
 « En ayudarle á conseguir su intento  
 « Pone todo su afan y entendimiento.  
 « Pendientes de las bóvedas los cueros  
 « Vianse allí de chivos y corderos.  
 « De un animal de aquestos con la grasa  
 « Su cuerpo al punto mándale que frote,  
 « A fin de que, al volver el orco á casa,  
 « La diferencia de su olor no note.  
 « Hecho esto, al rey en una piel envuelve,  
 « Y, encargándole andar siempre encorvado,  
 « Al sitio se lo lleva  
 « Do está Lucina en tenebrosa cueva.  
 « Noradino obedece,  
 « Y al borde de la cueva permanece  
 « Durante muchas horas, aguardando  
 « Que llegue con su grey el monstruo infando.  
 « La tarde en fin caida  
 « Era ya cuando suena  
 « La hueca caña que al ganado ordena  
 « Que de la húmeda yerba se despida.  
 « Pensad, señor, pensad cual temblaria  
 « El rey al ver aquella fiera impia.  
 « De su terror, empero,  
 « Triunfó un amor tan firme y tan sincero,  
 « Y entre chivos y cabras por la puerta  
 « De la caverna entró, viéndola abierta.  
 « El orco entonce hácia nosotros viene,  
 « Y, la puerta cerrando,  
 « Oliendo va, dos victimas buscando  
 « Con cuya carne aquella noche eene.  
 « De espanto tiemblo y sudo á tal recuerdo.  
 « Parte por fin. De su disfraz, no lerdó,  
 « Nuestro rey se despoja  
 « Y entre los brazos de su bien se arroja.  
 « Lucina, en vez de gozo y alegría,

« Dolor profundo siente  
 « Al ver al rey, que tan inútilmente  
 « A inevitable riesgo se exponia.  
 « En medio, ella decia,  
 « De mi grave dolor, me consolaba  
 « El pensar que tus dias no amagaba  
 « Desgracia igual á la desgracia mia.  
 « Muriendo, de mi daño  
 « Solo tenia que quejarme; agora  
 « Mas que mi suerte ; oh Dios! la tuya plaño.  
 « — Responde el rey : Movido solamente  
 « Por mi esperanza de salvar contigo  
 « A tantos infelices, aqui vine.  
 « Si en libertad ponerte no consigo,  
 « Mi triste vida de una vez termine;  
 « Mas cual vine saldré ; y de aqui conmigo  
 « Saldrá aquel que la peste  
 « De un disfraz como aqueste  
 « Algunas horas resistir no tema. »  
 « Enseñanos asi la estratagema  
 « Con que puede burlar nuestro conato  
 « Del ciego monstruo el exquisito olfato;  
 « Y bien pronto, siguiendo sus consejos,  
 « Cuantos éramos, hombres y mujeres,  
 « Muerte á otros tantos dimos  
 « De aquellos animales, y escogiendo  
 « Los de olor mas infecto y los mas viejos  
 « El cuerpo con su grasa nos cubrimos,  
 « Vistiéndonos despues con sus pellejos.  
 « En esto el sol de su mansion salia ;  
 « El primer rayo de la luz del dia  
 « El monstruo viendo, con sonora caña  
 « Hace á su grey salir de la cabaña.  
 « Temiendo que, escondido en la manada,  
 « Alguno de nosotros se le evada,  
 « Al borde de la cueva se coloca;  
 « A cada cual que sale palpa y toca,  
 « Y á todos libremente

« Deja salir, si pelo ó lana siente.  
 « Asi partimos todos sin que nada  
 « Notase el orco hasta que el turno vino  
 « De la esposa infeliz de Noradino.  
 « Lucina, ora que untarse no quisiera,  
 « Cual nosotros, de grasa ; fuese acaso  
 « Por lo lento ó lo breve de su paso,  
 « O ya porque algun grito profiriera  
 « Al sentir de la fiera  
 « La dura mano que oprimió su lomo,  
 « Reconocida fué, yo no sé como.  
 « Al riesgo propio cada cual atento,  
 « De los demas no advierte la congoja.  
 « Yo, empero, de la dama oigo el acento,  
 « La vista vuelvo, y noto al orco impio,  
 « Que de la piel que viste la despoja  
 « Y á hundirla vuelve en la caverna oscura.  
 « Confundidos en medio á sus ganados,  
 « Llegamos los demas á una llanura  
 « Situada entre dos fértiles collados.  
 « Mientra á la sombra de un verjel frondoso  
 « Tendido el orco, entrégase al reposo,  
 « Nosotros la ocasion aprovechamos,  
 « Y hácia los montes unos el camino,  
 « Otros del mar la direccion tomamos.  
 « Nuestras huellas no sigue Noradino ;  
 « Que, resuelto á morir como no pueda  
 « A su dama librar, allí se queda.  
 « Tal fué su enojo, su dolor tan fuerte,  
 « Que buscando la muerte,  
 « Del monstruo atroz hácia la boca avanza,  
 « Y arrojárase en ella  
 « Si no le contuviera la esperanza  
 « De romper las cadenas de su bella.  
 « Volviendo el orco á su antro, ve con pena  
 « Que nuestra fuga le dejó sin cena ;  
 « Culpa á Lucina, y á vivir atada  
 « Sobre un alto peñasco la condena.

« De su esposa adorada  
 « La grave cuita Noradino advierte  
 « Sin poder aliviar su triste suerte.  
 « Confundido entre cabras y entre ovejas,  
 « Mañana y tarde, el infeliz amante  
 « Los ayes y las quejas  
 « Escucha de su amada. A cada instante  
 « Oye su triste voz, que le suplica  
 « Abandone una tierra do sin fruto  
 « Va con su muerte á sepultarla en luto.  
 « Tambien la esposa del guardian le ruega  
 « Que parta, mas en vano;  
 « Que, firme siempre en su proyecto insano,  
 « A partir sin su amada el rey se niega.  
 « Así vive en la cueva,  
 « Dando de amor irrefragable prueba,  
 « Hasta que allí por singular acaso  
 « Llegó con Mandricardo el rey Gradaso.  
 « Llenos mas de valor que de cordura,  
 « A la playa descenden.  
 « El rey de Chipre, que en el buque aguarda,  
 « A Lucina no tarda  
 « En ver venir con ellos,  
 « Mientras que, con el monstruo y su ganado,  
 « En la cueva encerrado  
 « Antes del alba estaba Noradino.  
 « Cuando al albor del rayo matutino  
 « Saliendo el rey de la profunda cueva,  
 « De la mujer del orco oye esta nueva,  
 « Gracias da al cielo, cierto de que, agora  
 « Que del furor del monstruo fué salvada,  
 « Reconquistar á aquella á quien adora  
 « Podrá con su oro, su ánimo ó su espada.  
 « Lleno de gozo, pues, con el ganado  
 « Al verde prado sus pisadas guia,  
 « Y no bien nota que en la selva umbria  
 « Se entrega al sueño su guardian malvado,  
 « De allí se aleja. Andando noche y dia

« Y no previendo ya nuevos reveses,  
 « Se embarca en Satalia  
 « Y llega á esta ciudad hace tres dias.  
 « Por los castillos y ciudades todas  
 « De Siria y Chipre, de África y de Ródas,  
 « En vano de su bella  
 « Hizo inquieto hasta aquí buscar la huella.  
 « Tan solo antes de ayer supo que puerto  
 « En Nicosia encontró del padre al lado,  
 « Despues de haber andado  
 « Largo tiempo en la mar sin rumbo cierto.  
 « De esta nueva felice  
 « En memoria una fiesta  
 « Ordena nuestro rey, que, cual aquesta,  
 « A cada cuarto mes se solemnice.  
 « Renovar es su intento  
 « El júbilo que siente en este dia  
 « En que, tras cuatro meses de tormento,  
 « Ve cambiada en placer su suerte impia.  
 « Testigo yo de una gran parte de esto,  
 « Por quien lo padeció conozco el resto;  
 « Y puedo asegurar no está al corriente  
 « Quien esta historia de otro modo cuente.»  
 Asi de la funcion que se prepara  
 La causa el huésped á Grifon declara.  
 Casi toda la noche se consume  
 En referir y en escuchar la historia,  
 En que del rey de Siria se resume  
 Todo el amor y la piedad notoria.  
 De la mesa en seguida  
 Levantándose el huésped, á una estancia  
 De cuanto es necesario apercebida  
 A cada cual de sus oyentes lleva.  
 Allí, del claro sol á la luz nueva  
 Y al sol de alegre universal concierto,  
 Alegre cada cual se halla despierto.  
 El ruido de atambores y trompetas  
 A toda la ciudad junta en la plaza.